



Zayda Fatimá se quitó el capacete y el antifaz, se echó atrás la capellina de mallas, se acercó á los tapices que cubrían la puerta de la cámara de la reina, y dijo:

—¡Señora!

Se oyó la voz tranquila, dulce, sonora, de la reina doña María.

—Pasad, dijo, pasad, os espero.

Zayda Fatima pasó y tras ella el conde don Lope, quitado también el antifaz y echado atrás el capuz de su hábito.

La reina estaba de pié é inmóvil en el centro de la cámara.

## II.

Vestia sencillamente una túnica de belludo rojo con los bordes tomados de oro, sus blancas tocas de viuda, y sobre las tocas una diadema gótica de plata sobredorada, á juzgar por los puntos mas salientes, en que, gastado por el uso, el dorado, habia quedado el blanco de la plata.

Sin embargo, la diadema era una joya por su belleza artística.

La reina estaba como siempre, tranquila; sus grandes ojos azules no tenían otra espresion que la de su habitual melancolía; estaba pálida y en un estado que revelaba sus grandes sufrimientos.

Al ver á Zayda Fatima ardió en sus ojos un relámpago de afecto, un relámpago brillante, intenso, que pasó sin embargo instantáneamente.

Zayda Fatima adelantó con un vivísimo afán, se arrojó á los piés de la reina, la asió la mano y se la besó.

—¿Qué es esto, hija mia? preguntó la reina: ¿por qué os veo tan trocada y en este traje de hombre?

—Me defendo como puedo, señora, contestó Zayda Fatima.

—¿Y de qué os defendeis?

—De asechanzas.



LA BUENA MADRE.

Y la reina continuaba mirando cada vez de una manera mas fija, mas inquiridora al conde.

—¿Y no bastaba yo, no basto para defenderos de esas asechanzas?

—¡Ah, señora! exclamó Zayda Fatima: los infames hiéren á traicion por la espalda, y cuando se les siente es por la puñalada con que nos atraviesan el corazon: el infante don Juan.....

—¡Ah, el infante don Juan! exclamó dolorosamente la reina: ¡siempre el infante don Juan! Pero no se atreveria.

—El infante se atreve á todo, á todo; he tenido miedo, señora, y me he puesto en defensa.

—Veremos, veremos lo que debe hacerse, doña María, dijo la reina; y luego añadió, volviéndose al conde don Lope, mirándole fijamente: ¿y vos? yo creo haberos visto alguna vez.

El conde se acercó á la reina, se arrodilló, y al besarla la mano, la dijo:

—Yo os juro, señora, leal y sinceramente pleito homenaje, y os suplico me perdoneis mis pasadas traiciones.

—Alzad, dijo la reina, alzad y explicáos: ¿de qué traiciones hablais?

Y la reina continuaba mirando cada vez de una manera mas fija, mas inquiridora al conde.

—Vuestra señoría duda, dijo el conde; vuestra señoría quiere recordarme y no me recuerda bien: es verdad; los años, la soledad, el remordimiento han alterado mi sér. Cuando me conociais, tenia yo los cabellos negros y espesos, negra la barba, sin arrugas la frente: hoy, y no por mis años, sino por el dolor, parezco un anciano, he pasado por la tumba: mirad, señora, acordáos de la matanza de Alfaro y reconocedme.

Y el conde, arrollando la manga derecha de su hábito, mostró la mutilacion de su mano á la reina.

—¡Ah! ¡sí! dijo esta retrocediendo un paso; vos sois don Lope Diaz de Haro: ¡no habeis muerto!

—No, afortunadamente para mí, señora, contestó don Lope; porque puedo hacer tanto bien por vuestra señoría, como mal os hice en los tiempos de mi traicion y de mi soberbia.

—¡Dios! ¡Dios! exclamó la reina, levantando sus hermosos ojos al cielo.

—¡Sí, Dios, siempre Dios! contestó el conde don Lope; Dios protegiendo á los mártires; Dios armádoles con la invencible fé que los sostiene en su largo, en su doloroso martirio; Dios que ha hecho en su infinita providencia que el mal se destruya por el mal mismo, y que sus elegidos prevalezcan sobre sus enemigos; Dios que aterra al protervo y le confunde; Dios que toca su corazon y le aniquila; Dios que prueba la fortaleza de los buenos y los glorifica siempre; sí, sí, noble señora, Dios, siempre Dios.

—En él he puesto mi confianza y él me favorece, dijo la reina; él me ha hecho triunfar de traiciones inauditas; él ha deshecho las tormentas que han venido sobre mi cabeza, sobre la cabeza de mi hijo: el huracan nos ha rodeado en su tromba, ha pasado, nos ha dejado estremecidos de espanto; pero no ha arrancado de sobre la cabeza de mi hijo la corona: aún dura la tempestad; aún se la oye retronar á lo lejos, y por todas partes amenaza; amenaza, pero yo confio en el poder de Dios y en la fé de mi corazon.

—¡Ah, señora! vuestra señoría ha nacido predestinada, exclamó el conde don Lope.

—Deseo oír, conde, la relacion estraña sin duda de vuestros sucesos, dijo la reina. Estoy fatigada, adios; os espero mañana á la misma hora.

Zayda Fatima y don Lope besaron la mano á la reina, y salieron.

### III.

Durante algunas noches, Zayda Fatima y el conde tuvieron largas conferencias con la reina en medio del silencio y del misterio.

El conde era hombre de gran valía, y la reina, que no se engañaba nunca acerca de las personas, le habia visto tan arrepentido, tan convertido, que fiaba ciegamente en él.

En cuanto á Zayda Fatima, la reina la conocia demasiado y la amaba.

Algunas noches entraba solo el conde don Lope, y Zayda Fatima se acercaba con algunos de sus escuderos al Alcázar, y se emboscaba protegida por los árboles de las huertas del arrabal de los Molinos.

En esta situacion se encontraba Zayda Fatima, la noche en que Alvaro de Estúñiga habia salido, ébrio de coraje, á darse de cuchilladas con el insolente que se atrevia á ir á dar música á la reina. •

Habia pues oido Zayda Fatima el puntear del laud, y cuando iba por sí misma á castigar al insolente, se le adelantó con los suyos Estúñiga, metiéndose todos revueltos como sabemos por la calle de Mari-Ponce.

Zayda Fatima se volvió adonde estaban los suyos emboscados, les mandó montar á caballo, se metió por la calle de Mari-Ponce, y se entró como hemos visto en el figon de Marilinda.

Zayda Fatima: bien sabia yo que habia de haberme las algarras con vos. — ¡Ah! dijo el batallero de feroces civil, con que vos señor caballero del Páramo Colorado, no temais que varagada con el alcaide de la villa ni con sus hombres de armas. — No, dijo Zayda Fatima: solo paso á los dos hidalgos que se han estado hasta aqui riendo.

## CAPITULO VI.

— ¡Ah! pues eso es de hidalgos batalleros señores de armas. — ¡Ah! pues eso es de hidalgos batalleros señores de armas. — ¡Ah! pues eso es de hidalgos batalleros señores de armas. — ¡Ah! pues eso es de hidalgos batalleros señores de armas.

## DE CÓMO ZAYDA FATIMA SE METIÓ EN OFICIOS DE ALGUACIL.

## I.

El erizo se fue deshaciendo á medida que hablaba el paje. Creyó toda aquella gente brava, divertida, diabólica, que se les echaba encima el alcaide de la villa con sus hombres de armas, y no se crea por esto que se amilanaban; antes bien, echaban atrás á las señoras, desnudaron las espadas, se hicieron un ovilla, por decirlo así, es decir, se agruparon en un peloton cogiendo en medio á las hembras, al músico y á los escuderos, desnudaron las espadas, las pusieron de punta, levantaron los broqueles, y tomaron, en una palabra, la forma de un erizo.

Zayda Fatima, á pesar de esta actitud amenazadora, echó pié á tierra, dió la lanza y la adarga á uno de sus escuderos, y dijo adelantándose á aquellos pícaros:

— ¿Está aquí el músico que punteaba hace poco un laud junto al Alcázar?

— Sí, contestó desde el centro del erizo el músico.

— Y qué bien que cumplís con vuestros juramentos, dijo

Zayda Fatima: bien sabia yo que habia de habérmelas alguna vez con vos.

—¡Ah! dijo el bachiller de derecho civil: ¿con que vos, señor caballero del Pájaro Colorado, no teneis que ver nada con el alcaide de la villa ni con sus hombres de armas?

—No, dijo Zayda Fatima: solo busco á los dos hidalgos que se han entrado hasta aquí riñendo.

—¡Ah! pues eso es distinto, dijo el bachiller: señoras damas, soltad los jarros, que por lo visto no hay necesidad de tirárselos á nadie; abajo los broqueles, y á las vainas las espadas, caballeros de la Hampa, estirémonos, desapretémonos, estendámonos; mas vino, Marilinda y mas tasajo: la cosa, gracias á Hércules, ha acabado en paz, y así debian acabar todas las cosas.

## II.

El erizo se fué deshaciendo á medida que hablaba el bachiller: cesó primero el sordo zumbido de colmena que de él salia. Desaparecieron los broqueles, se envainaron las espadas, y por último, todos, ellos y ellas, se estendieron ruidosos llenando aquel espacio. Apenas habia sucedido esto, una hembra con traje noble y rico, revuelta la cabeza en un rebocillo, de manera que no se la veia el semblante, y acompañada de dos dueñas y de dos viejos escuderos, se acercó á Zayda Fatima, y la dijo:

—Caballero, no estrañeis el hallarme aquí; ha sido una casualidad, el resultado de una imprudencia; amparadme, y sabed que soy tan principal persona, que no os pesará de haberme amparado; y si quereis recompensa, la tendreis, y tal como no podeis esperarla.

—Aunque fuérais la mujer mas pobre y mas desvalida del mundo, dijo Zayda Fatima, yo os ampararia; y en prueba de ello, si quereis, cuatro de mis escuderos os acompañarán hasta vuestra casa.

—¡Cómo si quiero! dijo la dama; sea eso cuanto antes, y acompañenme esos escuderos vuestros, que otro dia sabreis á quién habeis servido.

## III.

Zayda Fatima llamó á uno de sus soldados y le dió algunas órdenes en voz baja; despues se volvió hácia la dama y la dijo:

—Podeis marchar cuando querais; mis escuderos os resguardarán de todo atrevimiento.

En aquel punto, en el cercano monasterio de San Agustin, respondiendole sin duda á la señal hecha en el Alcázar, se oyeron las lentas y graves campanadas del toque de cubre fuego.

—¡Ah! ya es imposible entrar en Valladolid, dijo la dama, y es imposible tambien que yo me quede aquí.

—Pues id á mi campo, dijo Zayda Fatima, y en mi tienda estareis tan segura y tan respetada como si estuviérais en vuestra casa.

—¿Quién sois vos, caballero, que tal me ofreis, á fin de que yo vea si puedo aceptarlo sin reparo?

—Yo soy, contestó Zayda Fatima, el caballero del Aguila Roja, capitan por el rey de gente de guerra, y tengo el campo á poca distancia, junto á la ermita de Nuestra Señora del Cármen. Id con estos escuderos míos y con vuestros servidores, y nada temais.

—Voy á esperaros, dijo la dama, y cuando volvais os explicaré lo que debeis estrañar.

Y aquella señora, que tal lo parecia, y además de esto jóven, muy jóven y muy gentil, se apresuró á salir, la siguieron sus dos dueñas, que iban temblando, y sus dos viejos escuderos, que no temblaban menos, y la acompañaron seis escuderos armados y á caballo de Zayda Fatima.

## IV.

Terminado este incidente, Zayda Fatima, dirigiéndose al músico y á Alvaro de Estúñiga, que estaban hablando calurosamente y á punto de venir de nuevo á las manos, mientras todos aquellos pícaros y pícaras cantaban, chillaban, reían y se bebían y se comían las cincuenta doblas que les había dado el músico, les dijo:

—Caballeros, si quereis seguirme con vuestras gentes de buen grado, os lo agradeceré; de no, os prendo en nombre del rey; y no intentéis hacer resistencia, porque será inútil. Me acompañan cincuenta buenos hombres de armas, de los cuales ved algunos.

Y Zayda Fatima señaló á la puerta, delante de la cual había agrupados y apoyados en sus lanzas diez ó doce de sus feroces soldados, cuyo solo aspecto imponía pavor.

—Está de Dios que me prendais, dijo el músico.

—Puede ser que esté de Dios que os mate, contestó Zayda Fatima.

—Os favorece la fortuna; siempre ha estado de vuestra parte la fuerza.

—Siempre ha estado de mi parte Dios, que lee en los corazones y favorece á los buenos. Seguidme vos, y también los vuestros, añadió dirigiéndose á Alvaro de Estúñiga.

—No tengo por qué no seguiros, dijo este.

—Pues adelante, contestó Zayda Fatima. ¡Hola, Garci Diaz! mi lanza, mi adarga y mi caballo. Venid, señor infante, os tomaré á la grupa.

—¡Infante! exclamó con estrañeza Alvaro de Estúñiga al ver que el caballero encubierto calificaba de tal modo al músico.

—Infante, sí, señor Alvaro de Estúñiga, dijo Zayda Fatima.

—¡Cómo! ¿me conoceis? exclamó el jóven.

—Sí, os conozco mucho, os he visto en la córte, sois paje de la reina mi señora. Vos me conoceis mucho también; en la córte me habeis visto, pero nunca me habeis hablado, y por esta razon no habeis podido reconocerme por la voz; pero vamos, señores, vamos; montad vos también, señor Alvaro, á la grupa de uno de mis escuderos, y que monten asimismo los del señor infante y vuestros criados: dejemos en paz á esta canalla.

—¡Cómo! dijo el bachiller: ¿os vais, caballero, sin dejarnos algo para divertirnos?

—Agradeced que no os dejo las costillas calientes, que no es poco, y no se hable mas, y quédense, y no den ocasion á que lo pasen mal.

## V.

El bachiller no se atrevió á contestar una palabra; tal respeto le habían infundido las que había dicho Zayda Fatima.

Y esta, llevándose presos al músico, á quien había llamado infante, y á Alvaro de Estúñiga con los criados que los acompañaban, trasladó su campo.